MINISTERO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

La Diversidad de la Gracia y los Dones:

(Parte 1 - Reflexión)

El Fuego de la Gracia Diversa: Descubre y Desata tu Propósito en Dios

Alguna vez, al visitar una antigua catedral, puede que te hayas detenido frente a uno de esos vitrales enormes que parecen contar historias a través del color. Cuando la luz del sol los atraviesa, todo cobra vida: figuras, escenas, emociones… pero si uno se acerca, descubre algo sorprendente. Cada vitral está compuesto por cientos, a veces miles, de fragmentos de vidrio, cada uno distinto del otro. Algunos son grandes y centrales, otros diminutos y casi ocultos. Ninguno tiene luz propia; su única y gloriosa misión es dejarse atravesar por la luz para revelar, juntos, una obra majestuosa.

De una manera muy parecida, así somos nosotros dentro del gran diseño de Dios. *¿No te has sentido a veces como un fragmento pequeño, quizás de un color que te parece opaco o en un rincón donde crees que nadie te ve?* Es tan fácil caer en el susurro de que no somos tan importantes, que nuestra pieza no es tan brillante como la de otros. Pero justo ahí, cuando la duda nos tienta, la Palabra de Dios nos abraza con una verdad revolucionaria: a los ojos del Maestro Artesano, cada pieza es indispensable. De hecho, a menudo son esas partes que el mundo consideraría insignificantes las que sostienen la estructura completa. Como nos recuerda la Escritura, *"los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios"* (**1 Corintios 12:22**). *¡Qué alivio tan profundo para el alma!* Lo que quizás no recibe aplausos aquí, en el Reino de nuestro Padre tiene un valor eterno.

El apóstol Pedro nos anima a vivir en esta verdad cuando nos dice que sirvamos a los demás *"como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios"* (**1 Pedro 4:10**). ¡Multiforme! No es una gracia fabricada en serie, sino una gracia artesanal, creativa, llena de matices. El amor de Dios no busca clonarnos, sino pulir la pieza única que ya somos. Entender esto nos libera de la agotadora carrera de la comparación. No necesitas el color de tu hermano ni la forma de tu hermana. El Padre te diseñó exactamente como eres porque el vitral de Su Iglesia necesita, desesperadamente, el tono específico de luz que solo tú puedes reflejar. Tu forma de escuchar, tu manera de organizar, tu sonrisa, tu don para orar en silencio… todo es un color que Él anhela usar.

Sabiendo esto, el consejo que Pablo le dio a su joven amigo Timoteo cobra una nueva vida y resuena en nuestro espíritu hoy: *"te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti"* (**2 Timoteo 1:6**). Fíjate en la belleza de esa frase. No dice "crea un fuego de la nada", sino "avívalo". ¡El fuego ya está ahí! En algún momento, por la pura gracia de Dios, el Espíritu Santo sopló y encendió una brasa en tu interior. Quizás fue el día que conociste a Jesús, o en medio de una alabanza, o sirviendo en algo pequeño. Ese fuego es una promesa del amor constante de Dios. No desaparece, pero sí puede debilitarse si lo descuidamos, si dejamos que las cenizas de la rutina, el miedo o la indiferencia lo cubran. Nuestra tarea, nuestro privilegio, es soplar suavemente sobre esas brasas con la fe, la oración y el servicio.

Y para soplar con sabiduría, es vital tener un poco de claridad. La Biblia nos ayuda a distinguir entre el carácter que Dios forma en nosotros y las herramientas que nos da. El Fruto del Espíritu —*"amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza"* (**Gálatas 5:22-23**)— habla de nuestro corazón, de la persona en la que Su amor nos está convirtiendo. Este fruto es para todos. Es el gran proyecto de Dios para cada uno de Sus hijos. Los dones, en cambio, son esas capacidades especiales que el Espíritu nos regala para construir, para sanar, para alentar a otros.

La diferencia es hermosa. La "fe" como fruto es esa fidelidad que te mantiene firme en Dios día a día. La "fe" como don, es esa confianza sobrenatural que se activa para un momento específico, para creer por un milagro imposible. La "bondad" como fruto es la ternura que cultivas en tu interior. El don de "hacer misericordia" es la habilidad especial para correr y abrazar al que sufre con una alegría que viene del cielo. *¿Ves la lección?* A nuestro Padre le interesa infinitamente más *quiénes somos* que *lo que hacemos*. Nuestro carácter es la vasija que sostiene el poder del don. Un don asombroso en manos de un carácter impaciente o soberbio puede hacer más daño que bien. Pero un corazón lleno del Fruto del Espíritu puede tomar el don más sencillo y convertirlo en un bálsamo para el mundo.

Por eso, el llamado de Dios para ti y para mí hoy es una invitación amorosa a la acción. No se trata solo de saber que tienes un don, sino de ponerlo en movimiento. Y aquí viene la mejor parte, el secreto que lo cambia todo: no necesitas tener claro cuál es tu don para empezar a servir. Es exactamente al revés. *¡Es al servir que empiezas a descubrir tu don!* Es en el acto de dar un vaso de agua que descubres la misericordia. Es al intentar animar a alguien que descubres la exhortación.

Así que te animo con todo mi corazón, en el nombre del Señor, a que esta semana hagas algo muy concreto. Busca un momento tranquilo y pregúntale con sinceridad: "Padre, *¿qué brasa quieres que avive en mí?".* Y luego, levanta la vista y busca una necesidad a tu alrededor. Quizás sea algo tan simple que parece insignificante: enviar ese mensaje que estás postergando, ofrecerte a ayudar en una tarea, orar por un vecino, escuchar a alguien sin prisa. No subestimes esos pequeños actos de amor. Son el soplo que Dios usa para convertir una brasa humeante en un fuego vivo para Su gloria.

Oramos para que el Espíritu de Dios te despierte con ternura, disipe tus miedos y te impulse a vivir con el gozo y el propósito de saber que eres una pieza amada y esencial en el corazón del Padre.

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia". (Prov. 17:17)